

JJ BENÍTEZ
CABALLO
DE TROYA

1

JERUSALÉN

Un investigador español (Juan José Benítez) es contactado por un individuo autodenominado «el mayor», quien resulta ser un antiguo integrante de la USAF. Tras la muerte de tan misterioso personaje, Juan José Benítez es conducido a través de acertijos a un manuscrito, que resulta ser el testimonio del mayor como partícipe de un proyecto ultrasecreto denominado «Caballo de Troya».

El proyecto consiste en la creación y puesta en marcha de una máquina del tiempo, destinada a viajar a los momentos de pasión y muerte de Jesús de Nazaret. El manuscrito describe someramente los detalles técnicos involucrados en tal empresa, pero sobre todo, las andanzas de los viajeros del tiempo al lado del maestro de Galilea. Describe al Hijo del Hombre como un individuo jovial y alegre, alejado de la ortodoxia tradicional, gustoso de ofrecer sus profundas enseñanzas espirituales a quien así lo desee. El mayor, conocido como «Jason» por los habitantes de la época, junto con su compañero nombrado «Eliseo», van dejando atrás su inicial escepticismo, convirtiéndose poco a poco al mensaje espiritual y religioso que Jesús va predicando.

A Gabriel Del Barrio García, un noble y veterano socialista que me precederá en el Reino de los Cielos

(En representación de los muchos amigos que me ayudaron durante los cien días que permanecí sumergido en la realización de Caballo de Troya).

*Hay otras muchas cosas que hizo Jesús.
Si se escribiesen una por una, creo que el mismo mundo
no podría contener los libros escritos.*

Evangelio de Juan, 21-25

WASHINGTON

Mi reloj señalaba las tres de la tarde. Faltaban dos horas para que el Cementerio Nacional de Arlington cerrara sus puertas. Yo había consumido la casi totalidad de aquel lunes, 12 de octubre, frente a las tres tumbas de los soldados desconocidos y a la minúscula y perpetua llama anaranjada que da vida al rústico enlosado gris bajo el que reposan los restos del presidente John Fitzgerald Kennedy.

Aunque a fuerza de leerla había terminado por aprendermela, consulté una vez más la clave que me había entregado el mayor.

Por enésima vez escruté el macizo sarcófago de mármol blanco que se levanta en la cara este del Anfiteatro Conmemorativo y que constituye el monumento inicial y más destacado de la Tumba al Soldado Desconocido. En la cara Oeste han sido esculpidas tres figuras que simbolizan la Victoria, alcanzando la Paz a través del Valor. Pero aquel panel no parecía guardar relación con mi clave...

Lentamente, como un turista más, bordeé el cordón que cierra la reducida explanada rectangular y fui a sentarme frente a la cara posterior de la tumba central, en las escalinatas de un pequeño anfiteatro. Exhausto, repasé cuanto había anotado. Frente a mí, a cinco metros de las tumbas, un soldado de infantería del Primer Batallón de la Vieja Guardia, con sede en Fort Myer, paseaba arriba y abajo, fusil al hombro, luciendo el oscuro uniforme de gala.

Aunque la cadena de seguridad me separaba unos diez metros de esta parte de la tumba, la leyenda grabada en el mármol podía leerse con comodidad: «Aquí reposa gloriosamente un soldado de los Estados Unidos que sólo Dios conoce».

«¿Estará ahí la clave?», me pregunté con nerviosismo.

El solitario centinela, enjuto y frío como la bayoneta que remataba su brillante mosquetón, se había detenido. Tras una breve pausa, giró, cambiando el arma de hombro. Segundos después volvía sobre sus pasos, deteniéndose frente a la tumba. Allí repitió el cambio de posición de su fusil y, girando de nuevo, reinició su solemne desfile.

Mi amigo el mayor norteamericano sí hacía referencia al soldado que monta guardia día y noche en el cementerio de los héroes, en Washington.

«El centinela que vela ante la tumba te revelará el ritual de Arlington», rezaba la primera frase de su postrera carta...

MÉXICO, D.F.

Pero justo será que, antes de proseguir con esta nueva aventura, cuente cuándo y en qué circunstancias conocí al mayor y cómo me vi envuelto en una de las investigaciones más extrañas y fascinantes de cuantas he emprendido.

En el mes de abril de 1980, y por otros asuntos que no vienen al caso, me encontraba en México (Distrito Federal). Hacia escasos meses que había escrito mi primer libro sobre los descubrimientos de los científicos de la NASA sobre la Sábana Santa de Turín y recuerdo que en una de mis intervenciones en la televisión azteca —concretamente en el prestigioso y popular programa informativo de Jacobo Zabłudowsky—, yo había comentado algunos pormenores sobre las aterradoras torturas a que había sido sometido Jesús de Nazaret. Ante mi sorpresa y la del equipo de Televisa, esa noche se registró un torrente de llamadas desde los puntos más dispares de la República e, incluso, desde Miami y California.

Al regresar a mi hotel, la operadora del Presidente Chapultepec me dio paso a una llamada que no olvidaré jamás.

—¿El señor J. J. Benítez?

—Sí, dígame...

—¿Es usted J. J. Benítez?

—Sí, soy yo... ¿Quién habla?

—Le he visto en el programa del señor Zabłudowsky y me sentiría muy honrado si pudiera conversar con usted.

—Bueno, usted dirá —respondí casi mecánicamente, al tiempo que me dejaba caer sobre la cama. En aquellos primeros instantes confundí a mi comunicante con el típico curioso. Y me dispuse a liquidar la conversación a la primera oportunidad.

—Como habrá adivinado por mi acento, soy extranjero... Sinceramente, al escucharle me ha impresionado su interés por Cristo.

—Disculpe —le interrumpí, tratando de saber a qué atenerme—, ¿cómo me ha dicho que se llama?

—No, no le he dicho mi nombre. Y si usted me lo permite, dada mi condición de antiguo piloto de las fuerzas aéreas norteamericanas, preferiría no dárselo por teléfono.

Aquello me puso en guardia. Me incorporé e intenté ordenar mis ideas.

No sé cuál es su plan de trabajo en México —continuó en un tono sumamente afable— pero quizá pueda ser de gran interés para usted que nos veamos. ¿Qué le parece?

—No sé —dudé—; ¿dónde se encuentra usted?

—Le llamo desde el estado de Tabasco. ¿Tiene previsto algún viaje a esta zona?

—Francamente, no; pero...

Una vez más me dejé llevar por la intuición. ¿Un antiguo piloto de la USAF? Podía ser interesante...

La experiencia como investigador me ha ido enseñando a aceptar el riesgo. ¿Qué podía perder con aquella entrevista?

—¿Puede usted adelantarme algo? —insinué sin reprimir la curiosidad.

—No... Créame. No puedo por teléfono... Es más: no deseo engañarle y le adelanto ya que en esa primera conversación, si es que llega a celebrarse, probablemente no saque usted demasiadas conclusiones. Sin embargo, insisto en que nos veamos...

—Está bien —corté con cierta brusquedad—. Acepto. ¿Dónde y cuándo nos vemos?

—¿Puede usted desplazarse hasta Villahermosa? Yo estaré aquí hasta el sábado. ¿Conoce usted la ciudad?

—Sí, por supuesto —respondí un tanto contrariado.

Si la memoria no me fallaba, en julio de 1977 Raquel y yo habíamos visitado la zona arqueológica de Palenque, en el estado de Chiapas, y las colosales cabezas olmecas de Villahermosa. Pero yo me encontraba ahora en el Distrito Federal, a mil kilómetros de la tórrida región tabasqueña.

—¿Le parece bien el viernes, día 18?

—Un momento. Permítame que vea mi agenda...

La verdad es que yo sabía de antemano que no existía compromiso alguno para dicho viernes. Pero el hecho de tener que viajar hasta Tabasco, sin garantías ni referencias sobre la persona con la que pretendía entrevistarme, me había irritado. Y busqué afanosamente alguna excusa que me apareara de tan descabellado viaje. Fueron segundos tensos. Por un lado, el instinto periodístico tiraba de mí hacia Villahermosa. Por otro, el sentido común había empezado a zancadillear mi frágil entusiasmo. Por fortuna para mí, el primero se impuso y acepté:

—Muy bien. Creo que hay un vuelo que sale de México a primera hora de la mañana. ¿Dónde puedo verle?

—¿Conoce usted el Parque de la Venta?

El hombre debió de percibir mis dudas y añadió:

—El de las cabezas olmecas...

—Sí, lo conozco.

—Le estaré esperando junto al Gran Altar...

—Pero, ¿cómo voy a reconocerle?

—No se preocupe.

Aquella seguridad me dejó fascinado.

Lo más probable —concluyó— es que yo le reconozca primero.

—Está bien. De todas formas llevaré un libro en las manos...

—Como guste.

—Entonces... hasta el viernes.

—Correcto. Muchas gracias por atender mi llamada.

—Ha sido un placer —mentí—. Buenas noches.

Al colgar el auricular me vi asaltado por un enjambre de dudas. ¿Por qué había aceptado tan rápidamente? ¿Qué seguridad tenía de que aquel supuesto extranjero fuera un piloto retirado de la USAF? ¿Y si todo hubiera sido una broma?

Al mismo tiempo, algo me decía que debía acudir a Villahermosa. El tono de voz de aquel hombre me hacía intuir que estaba ante una persona sincera. Pero, ¿qué quería comunicarme?

Pensé, naturalmente, en esa enigmática información. «Lo más lógico —me decía a mí mismo mientras trataba inútilmente de conciliar el sueño es que se trate de algún caso ovni protagonizado por los militares norteamericanos. ¿O no?».

«¿Por qué citó mi interés por Cristo? ¿Qué tenía que ver un veterano militar con este asunto?».

A decir verdad, cuanto más removía el suceso, más espeso e irritante se me antojaba. Así que opté por la única solución práctica: olvidarme hasta el viernes, 18 de abril.

TABASCO

A las 10.45, una hora escasa después de despegar del aeropuerto Benito Juárez de la ciudad de México, tomaba tierra en Villahermosa. Al pisar la pista, un familiar hormigueo en el estómago me anunció el comienzo de una nueva aventura. Allí estaba yo, bajo un sol tropical, con la inseparable bolsa negra de las cámaras al hombro y un ejemplar de mi libro *El Enviado* entre las manos.

«Veremos qué me depara el destino», pensé mientras cruzaba la achicharrante pista en dirección al edificio terminal. Aquella situación —para qué voy a negarlo— me fascinaba. Siempre me ha gustado jugar a detectives...

Por ello, y desde el momento en que abandoné el reactor de la compañía Mexicana de Aviación que me había trasladado al estado de Tabasco, fui fijando mi atención en las personas que aguardaban en el aeropuerto. ¿Estaría allí el misterioso comunicante?

Si hacía caso al timbre de su voz, mi anónimo amigo debía rondar los cincuenta años. Quizá más, si consideraba que era un piloto retirado del servicio activo.

Sujeté el libro con la mano izquierda, procurando que la portada quedara bien visible, y despaciosamente me encaminé al servicio de cambio de moneda. Sí el norteamericano estaba allí tenía que detectarme.

Cambié algunos dólares, y con la misma calma me dirigí a la puerta de salida en busca de un taxi.

Nadie hizo el menor movimiento ni se dirigió a mí en ningún momento. Estaba claro que el extranjero no se hallaba en el aeropuerto, o al menos no había querido dar señales de vida.

Pocos minutos después, a las 11.15 de aquel viernes, 18 de abril de 1980, un empleado del Parque Museo de la Venta me extendía el correspondiente boleto de entrada, así como un sencillo pero documentado plano para la localización de las gigantescas esculturas olmecas.

El parque parecía tranquilo.

Consulté el mapa y comprobé que el Gran Altar —nuestro punto de reunión— estaba enclavado justamente en el centro de aquel bello museo al aire libre. El itinerario marcaba un total de 27 monumentos. Yo debía llegar al enclave número cinco. Si todo marchaba bien, allí debería conocer, al fin, a mi informador.

Sin pérdida de tiempo me adentré por el estrecho camino, siguiendo las huellas de unos pies en rojo que habían sido pintadas por los responsables del parque y que constituían una simpática ayuda para el visitante.

A los pocos metros, a mi izquierda, descubrí el monumento número 1. Se trataba de una formidable cabeza de jaguar semidestruida, con un peso de treinta toneladas.

Proseguí la marcha, adentrándome en un espeso bosquecillo. El corazón empezaba a latir con mayor brío.

A unos ochenta pasos, a la derecha del camino, aparecieron las esculturas de un mono y de otro jaguar. Eran los monumentos números 2 y 3. Frente al jaguar, el plano marcaba la figura de un manatí, tallado en serpentina. Era el número 4.

Avancé otra treintena de metros y al dejar atrás uno de los recodos del sendero reconocí entre la espesura el enclave número 4 bis: otro pequeño jaguar, igualmente tallado en basalto.

El siguiente era el Gran Altar Triunfal.

Aquellos últimos metros hasta la pequeña explanada donde se levanta el monumento número cinco fueron singularmente intensos. Hasta ese momento no había coincidido con un solo turista. Mi única compañía la formaban mis pensamientos y aquella loca algarabía del sinfín de pájaros multicolores que relampagueaba entre las copas de los corpulentos huayacanes, parotas y cedros rojos.

Al entrar en el calvero me detuve. El corazón me dio un vuelco. El Gran Altar estaba desierto. Bajo el ara, en un nicho central, un personaje desnudo y musculoso empuñaba una daga en su mano izquierda. Con la derecha, la estatua sujetaba una cuerda a la que permanecía amarrado un prisionero.

El furioso sol del mediodía me devolvió a la realidad.

«¿Dónde está el maldito yanqui?», balbucí indignado.

La sola idea de que me hubiera tomado el pelo me desarmó. Avancé desconcertado hacia el Gran Altar, sintiendo el crujir del guijo blanco bajo mis botas.

«Quizá me he adelantado», pensé en un débil intento por tranquilizarme.

De pronto, alertado —supongo— por el ruido de mis pasos sobre la grava, un hombre apareció por detrás de la gran mole de piedra. Ambos permanecemos inmóviles durante unos segundos, observándonos. Jamás olvidaré aquellos instantes. Ante mí tenía a un individuo de considerable altura —quizá alcanzase 1,80 metros—, con el cabello cano y vistiendo una guayabera y unos pantalones igualmente blancos.

Respiré aliviado. Sin duda, aquél era mi anónimo comunicante.

—Buenos días —exclamó, al tiempo que se quitaba las gafas de sol y dibujaba una amplia sonrisa—. ¿Es usted J. J. Benítez?

Asentí y estreché su mano. Suelo dar gran importancia a este gesto. Me gusta la gente que lo hace con fuerza.

Aquel apretón de manos fue sólido, como el de dos amigos que se encuentran después de largo tiempo.

—Le agradezco que haya venido —comentó—. Creo que no se arrepentirá de haberme conocido.

Ni en esta primera entrevista ni en las que siguieron en meses posteriores pude averiguar la edad exacta de aquel norteamericano. A juzgar por su aspecto —huesudo y con un rostro acribillado por las arrugas— quizá rondase los sesenta años. Sus ojos claros, afilados como un sable, me inspiraron confianza. No sé la razón, pero, desde aquel primer encuentro al pie del Gran Altar en el Museo de la Venta, se estableció entre nosotros una mutua corriente de confianza.

—Conozco un restaurante donde podemos conversar. ¿Tiene hambre?

No sentía el menor apetito, pero acepté. Lo que me consumía era la curiosidad.

Al cabo de unos minutos nos sentábamos en un sombreado establecimiento, casi al final de la calle del Paralelo 18. En el trayecto, ninguno de los dos cruzamos una sola palabra. Supongo que mi nuevo amigo hizo lo mismo que yo: tratar de descubrir en el otro hasta los más nimios detalles... Después de aquel saludo en el museo de las gigantes cabezas negroides, la certeza de que me encontraba ante una posible buena noticia había ido ganando terreno.

—Usted dirá —rompí el silencio, invitando a mi acompañante a que empezara a hablar.

—En primer lugar quiero recordarle lo que ya le dije por teléfono. Es posible que se sienta decepcionado después de esta primera conversación.

—¿Por qué?

—Quiero ser muy sincero con usted. Yo apenas le conozco. No sé hasta dónde puede llegar su honestidad...

Le dejé hablar. Su tono pausado y cordial hacía las cosas mucho más fáciles.

—... Para depositar en sus manos la información que poseo es preciso primero que usted me demuestre que

confía en mí. Por eso —y le ruego que no se alarme— necesito probar y estar seguro de su firmeza de espíritu y, sobre todo, de su interés por Cristo.

El americano se llevó a los labios un jugo de naranja y siguió perforándome con aquella mirada de halcón. Debí captar mi confusión. ¿Qué demonios tenía que ver mi firmeza de espíritu con Cristo, o, mejor dicho, con mi interés por Jesús?

—Permítame un par de preguntas, señor...

—Si no le molesta —repuso con una fugaz sonrisa— llámeme mayor. Por el momento, y por razones de seguridad, no puedo decirle mi verdadero nombre.

Aquello me contrarió. Pero acepté. ¿Qué otra cosa podía hacer si de verdad quería llegar al fondo de aquel enigmático asunto?

—Está bien, mayor. Vayamos por partes. En primer lugar, usted dice ser un oficial retirado de las fuerzas aéreas norteamericanas. ¿Estoy equivocado?

—No, no lo está.

—Bien. Segunda pregunta: ¿qué tiene que ver mi interés por Cristo con esa información que usted dice poseer?

El camarero situó sobre el mantel rojo sendas bandejas con postas de robalo y mole verde, quesadillas y un inmenso filete de carne a la tampiqueña.

El mayor guardó silencio. Ahora estoy seguro de que aquélla fue una situación difícil para él. Mi amigo debió luchar consigo mismo para contenerse.

—Cuando usted conozca la naturaleza de esa información —puntualizó— comprenderá mis precauciones. Es preciso que antes que eso suceda, yo esté convencido de que usted, o la persona elegida, será capaz de valorarla y, sobre todo, de que hará un buen uso de ella.

—No termino de entender por qué se ha fijado en mí...

El mayor sostuvo aquella mirada penetrante y preguntó a su vez:

—¿Cree usted en la casualidad?